

Nuevo México, EE.UU., 1945

(Greg Peshkov presencia la prueba de la bomba atómica)

En el sur de Nuevo México, no muy lejos de El Paso, hay un desierto al que llaman la Jornada del Muerto. Durante todo el día, el sol abrasa sin piedad el espinoso cactus de la mescalina y las hojas de espada de la yuca. Sus habitantes son escorpiones, serpientes de cascabel, urticantes hormigas rojas y tarántulas. Allí, los hombres del proyecto Manhattan probaron el arma más mortífera que la especie humana había concebido jamás.

Greg Peshkov estaba con los científicos, contemplando el experimento a nueve mil metros de distancia. Tenía dos esperanzas: primero, que la bomba funcionase; y segundo, que esos nueve mil metros lo alejasen lo suficiente de ella.

La cuenta atrás dio comienzo a las cinco y nueve minutos de la madrugada (según la hora de guerra, zona de las Rocosas) del lunes 16 de julio. Estaba amaneciendo y en el cielo, al este, se veían vetas doradas. La prueba recibía el nombre en clave de «Trinity», trinidad. Cuando Greg preguntó por qué, el científico al mando, el judío neoyorquino y de orejas puntiagudas J. Robert Oppenheimer, le citó un verso de John Donne: «Golpea mi corazón, Dios de las tres personas».

«Oppie» era la persona más inteligente que Greg había conocido nunca. Era el físico más brillante de su generación y además hablaba seis idiomas. Había leído *El Capital* de Karl Marx en su original alemán. Estaba aprendiendo sánscrito por diversión. A Greg le caía bien, lo admiraba. La mayoría de los físicos eran unos pazguatos, pero Oppie, igual que el propio Greg, era una excepción: alto, apuesto, encantador, un auténtico rompecorazones.

Oppie había ordenado al Cuerpo de Ingenieros del Ejército que construyera en pleno desierto una torre de treinta metros con puntales de acero sobre una base de cemento. En lo alto había una plataforma de roble, y hasta ella habían subido la bomba el sábado anterior con la ayuda de poleas. Los científicos nunca usaban el término «bomba». La llamaban «el artefacto». En su núcleo había una bola de plutonio, un metal que no existía en la naturaleza, sino que se creaba como subproducto en las pilas atómicas. La bola pesaba cuatro kilos y medio y contenía todo el plutonio del mundo. Alguien había calculado que valía mil millones de dólares. Los 32 detonadores que había en la superficie de la bola se dispararían simultáneamente y crearían una presión interior tan alta que el plutonio se volvería aún más denso y alcanzaría niveles críticos.

Nadie sabía muy bien qué sucedería después.

Los científicos habían hecho apuestas, de a un dólar cada uno, sobre la fuerza que alcanzaría la explosión medida en toneladas equivalentes de TNT. Edward Teller había apostado por 45.000 toneladas. Oppie, por 300. El pronóstico oficial hablaba de 20.000 toneladas. La noche anterior, Enrico Fermi había propuesto apostar, además, por si la explosión arrasaría la totalidad del estado de Nuevo México o no. Al general Groves no le había hecho ninguna gracia.

Los científicos habían mantenido una discusión perfectamente seria sobre si la explosión inflamaría toda la atmósfera terrestre y destruiría el planeta, pero habían llegado a la conclusión de que no. Si se equivocaban, lo único que esperaba Greg es que ocurriera deprisa.

El experimento se había programado en un principio para el 4 de julio. Sin embargo, cada vez que probaban un componente, fallaba; así que el gran día se había pospuesto varias veces. De vuelta en Los Álamos, el sábado, una maqueta a la que llamaban la «Copia China», se había negado a hacer explosión. En la porra, Norman Ramsey había apostado por el cero y había puesto su dinero a que la bomba sería un fracaso total.

La detonación de ese día estaba programada para las dos de la madrugada, pero a esa hora se había producido una tormenta eléctrica... ¡en el desierto! La lluvia

habría hecho que la radiactividad se precipitase sobre las cabezas de los científicos que estarían observando, así que habían retrasado la prueba.

La tormenta había amainado al alba.

Greg se encontraba en el búnker S-10000, que albergaba la sala de control, pero había salido fuera para ver mejor, igual que casi todos los demás. La esperanza y el miedo competían por dominar su corazón. Si la bomba era un fracaso, el empeño y el esfuerzo de cientos de personas (además de unos dos mil millones de dólares) habrían caído en saco roto. Y si no lo era, puede que acabaran todos muertos al cabo de unos minutos.

Junto a él estaba Wilhelm Frunze, un joven científico alemán al que ya había conocido en Chicago.

—¿Qué habría pasado, Will, si un rayo hubiese alcanzado la bomba?

Frunze se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

Una bengala verde salió disparada hacia el cielo y Greg se sobresaltó.

—El aviso de los cinco minutos —informó Frunze.

La seguridad había sido un problema. Santa Fe, la ciudad más cercana a Los Álamos, estaba atestada de agentes del FBI bien vestidos. Apoyados con actitud despreocupada contra las paredes, con sus chaquetas de tweed y sus corbatas, saltaban a la vista a todos los habitantes de la ciudad, que siempre llevaban vaqueros azules y botas de cowboy.

El FBI también había pinchado de manera ilegal los teléfonos de cientos de personas involucradas en el proyecto Manhattan. Eso tenía a Greg perplejo. ¿Cómo podía el principal organismo de salvaguarda de la ley de todo el país cometer actos delictivos de una forma tan sistemática?

Sin embargo, el departamento de seguridad del ejército y el FBI habían identificado a algunos espías y los habían apartado discretamente del proyecto, entre ellos a Barney McHugh. Pero ¿los habrían descubierto a todos? Greg no lo sabía. Groves se había visto obligado a asumir el riesgo. Si hubiese despedido a todo el que señaló el FBI, no le habrían quedado científicos suficientes para acabar de fabricar la bomba.

Por desgracia, la mayoría de los hombres de ciencia eran radicales, socialistas y liberales. Apenas había ningún conservador entre ellos. Además, creían que las verdades descubiertas por la ciencia pertenecían a la humanidad entera, y que no deberían mantenerse en secreto y al servicio de un solo régimen o país. Así que, mientras el gobierno de Estados Unidos mantenía en absoluto secreto aquel gigantesco proyecto, los científicos organizaban grupos de discusión sobre si la tecnología nuclear debía compartirse con todas las naciones del mundo. El propio Oppie era sospechoso: la única razón por la que no estaba afiliado al Partido Comunista era que nunca se hacía miembro de ningún club.

En ese preciso instante estaba tumbado en el suelo junto a su hermano pequeño, Frank, también un físico excepcional y también comunista. Ambos sostenían un trozo de cristal de soldadura a través del cual podrían ver la explosión. Greg y Frunze tenían cristales parecidos. Algunos científicos se habían puesto gafas de sol. Dispararon otra bengala.

—Un minuto —dijo Frunze.

Greg oyó que Oppie decía:

—Señor, estas cosas pesan en el corazón.

Se preguntó si serían sus últimas palabras.

Greg y Frunze estaban tumbados en el suelo arenoso, cerca de Oppie y de Frank. Todos ellos se habían protegido los ojos con los visores de cristal de soldadura y estaban mirando hacia la zona de pruebas. Al verse frente a la muerte, Greg pensó en su madre, en su padre y en su hermana Daisy, que estaba en Londres. Se preguntó cuánto lo echarían de menos. Pensó con cierta tristeza en Margaret Cowdry, que lo había dejado plantado por otro tipo que sí estaba dispuesto a casarse con ella. Pero sobre todo pensó en Jacky Jakes y en Georgy, que ya tenía nueve años. A Greg le apasionaba la idea de ver crecer a su hijo. Se dio cuenta de

que Georgy era la razón principal por la que deseaba seguir vivo. Ese niño se le había ido metiendo hasta el alma y le había robado todo su amor. La intensidad del sentimiento lo tenía asombrado.

Entonces se oyó resonar un gong, un sonido extrañamente impropio en el desierto.
—Diez segundos.

Greg sintió el impulso de levantarse y echar a correr. Por muy tonta que fuera aquella acción (¿cuánto sería capaz de alejarse en diez segundos?) tuvo que obligarse a seguir tumbado. La bomba estalló a las cinco y veintinueve minutos con cuarenta y cinco segundos. Primero se vio un imponente fogonazo de un brillo imposible, el resplandor más feroz que Greg había visto nunca, más fuerte incluso que el sol.

Después, una increíble cúpula de fuego pareció salir de la tierra misma.

Con una velocidad aterradora se elevó hasta una altura monstruosa. Llegó al mismo nivel que las montañas, continuó subiendo y rápidamente dejó los picos atrás.

—Joder... —susurró Greg.

La cúpula se transformó en un cuadrado. La luz seguía siendo más resplandeciente que la del mediodía, y las montañas lejanas estaban iluminadas con tal viveza que Greg veía en ellas todos y cada uno de sus pliegues, grietas y rocas. Entonces la forma volvió a cambiar. Por la parte inferior apareció un pilar que impulsó la deflagración varios kilómetros en dirección al cielo, como el puño de Dios. La nube de fuego ardiente que había sobre el pilar se abrió como un paraguas, hasta que toda ella tomó la forma de un hongo de once kilómetros de altura. La nube adoptó unas espantosas tonalidades anaranjadas, verdes y violáceas. Una oleada de calor alcanzó a Greg, como si el Todopoderoso hubiese abierto un horno gigantesco. En ese mismo instante, el estruendo de la explosión llegó a sus oídos como el estallido del juicio final. Sin embargo, aquello no era más que el principio. Un ruido de un volumen sobrenatural recorrió todo el desierto y se tragó todos los demás sonidos. La nube abrasadora empezó a disminuir, pero el trueno seguía rugiendo, alargándose de manera imposible, hasta que Greg se preguntó si aquel sería el sonido del fin del mundo.

Entonces empezó a remitir y la nube hongo empezó a dispersarse. Greg oyó a Frank Oppenheimer decir:

—Ha funcionado.

—Sí, ha funcionado —repuso Oppie.

Los dos hermanos se dieron la mano. «Y el mundo sigue aquí», pensó Greg. Pero había cambiado para siempre.